

LAS VÍCTIMAS

192

personas son asesinadas en la masacre yihadista y 1.857 resultan heridas.



EFE/ AP

EL INFIERNO SE ABRE

El cercanías 21431 se detiene a las 7.37 en Atocha. La primera explosión lo destripa

LA CADENA DE ATENTADOS

Diez mochilas bomba en cuatro apeaderos distintos causan una matanza de gentes sencillas

CLAMOR POPULAR

Millones de personas llenan las calles para clamar contra el terror y preguntar '¿quién ha sido?'

bolsa abandonada por los terroristas en el Pozo no detona. Esta mochila, la que acabará siendo la mochila del 11-M, emprende un temerario periplo entre los restos de las víctimas sin que nadie recele de su letal contenido. Hasta que el bulto recalca en la comisaría de Vallecas y un artificiero se juega el tipo desactivándolo a mano. Y allí está el móvil con tarjeta. El tesoro que conduce hacia Jamal Zougam.

Pero eso ocurrirá más tarde, mucho más tarde. A las ocho de la mañana, la guerra —ésta por otros medios— vuelve a convertir Madrid en capital del dolor. La destrucción comienza a hacer balance, el que imprimirá en la memoria colectiva 192 asesinados y 1.857 heridos. El peor abismo terrorista afrontado por Europa, solo comparable a la voladura del avión de la Pan Am sobre la localidad escocesa de Lockerbie. El polideportivo de Daoiz y Velarde se convierte en un improvisado nido para acoger a las víctimas que llegan de la calle Téllez. Ifema se habilita como un gigantesco tanatorio hacia el que corren las familias que no logran dar con los suyos, en una letanía que implora que no hayan cogido justo hoy ningún tren de la muerte. Los madrileños se echan a la calle para auxiliar a sus vecinos, las donaciones solidarias de sangre garantizan el suministro, los taxistas regalan carreras a quienes aprietan los dientes y el llanto aferrándose a una postrera esperanza. La Audiencia Nacional encomienda al juez Juan del Olmo y la fiscal Olga Sánchez la instrucción de un sumario para la Historia.

Al Qaeda reivindica la carnicería

El yihadismo acaba de recrear el 11-S neoyorquino en el 11-M madrileño, pero en esta primera hora de fragor y turbación ante el golpe feroz, despiadado, el país señala a ETA. A esa ETA que ha ido elevando uno a uno los listones de su crueldad y que once días antes de esta tenebrosa jornada ha intentado introducir en la capital española dos furgonetas con media tonelada de explosivos, interceptadas por las fuerzas de seguridad, para llevar al límite las elecciones generales convocadas este domingo, 14 de marzo. «No son vascos, son alimañas y asesinos», retumba la condena del lehendakari Juan José Ibarretxe, el primero que ofrece una solemne declaración institucional para definir dónde se sitúa la ciudadanía de bien de Euskadi que ruega ya para que no hayan sido los suyos los ejecutores de semejante atrocidad. Son las 9.35. Antes que Ibarretxe, el portavoz del Gobierno del PP, Eduardo Zaplana, y el líder de la oposición socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, atribuyen también la matanza a la banda etarra.

Lejos del foco periodístico que intenta responder al quién, el cómo y el por qué, en un esfuerzo tan denodado como baldío por encontrar las palabras con las que describir lo

indescribible, el portero de un edificio en Alcalá de Henares ha alertado a la Policía de la presencia de una furgoneta con movimientos sospechosos estacionada cerca de la estación ferroviaria. Es la Renault Kangoo blanca robada en Tetuán por los terroristas de los que aún nada se sabe; la que deja evidencias de los crímenes y una cinta con versos coránicos junto a otra de la Orquesta Mondragón que alimentará en el futuro, chuscamente, la 'teoría de la conspiración' sobre la autoría de los atentados. A mediodía, el líder de la ilegalizada Batasuna, Arnaldo Otegi, niega que haya sido

ETA —¿cómo lo sabían quienes acusaban al Estado de derecho de incriminarles injustamente por complicidad terrorista?— y alguien que está en sus antípodas, el comisario general de Información, Jesús de la Morena, traslada a Interior su escepticismo sobre la culpa etarra.

Cuatro horas después de la masacre, cuando la siempre bulliciosa Madrid se recoge en un silencio de funeral, comienza a forjarse la fractura ante el estremecedor desafío que reta a todo el país. El presidente Aznar telefona a la prensa para contarle que no hay otra pista válida que la de ETA; la senda que recorre el ministro del Interior, Ángel Acebes; la que aún siguen surcando la mayoría de los líderes políticos españoles; la que el embajador en EE UU, Javier Rupérez, traslada a George Bush; la que la titular de Exteriores, Ana de Palacio, trabajará para que la hagan suya las cancillerías internacionales y la ONU, pese a que la hipótesis yihadista ya gana terreno. A las ocho de la tarde, con la ciudadanía desconsolada, iracunda y aturdida en un duelo inolvidable, Al Qaeda reivindica la carnicería en un diario en Londres en lengua árabe. Y el guion del día de la infamia cambia de rail.

El pulso entre la verdad a medias, la mentira y la realidad se adueña de las 72 horas siguientes. Millones de personas llenan Madrid y otras ciudades, empapadas de lluvia y de lágrimas, para clamar contra el terror pero también para preguntar en voz alta '¿Quién ha sido?'. Un eco imparable que se transforma en el 'Pásalo' de la convulsa jornada de reflexión, con el socialista Alfredo Pérez Rubalcaba acuñando una sentencia para las hemerotecas —«Los españoles se merecen un Gobierno que no les mienta»— y manifestantes congregados ante las sedes del PP. El 14-M, el electorado castiga a Aznar y otorga la Moncloa a Zapatero. Los terroristas que el 3 de abril no se inmolan en el piso de Leganés en el que se han atrincherado acaban encausados y condenados. La verdad judicial sentencia que ha sido la Yihad.

En medio del pavor en Atocha, un pediatra rescata a una niña de siete meses de Entre vías, rubia, su nombre grabado en una pulserita. No hay milagro en el barrio de las gentes humildes. El 11-M también termina segando la vida de Patricia apenas alumbrada.